

# CARTA ABIERTA

M<sup>a</sup> CARMEN SELMA FERRANDO

Hace algún tiempo, cuando se habló de la posibilidad de cortar los árboles de la escuela para, con el mayor espacio celebrar allí verbenas, no pude por menos que lanzar mi protesta, aunque fuese en forma poética, en estas mismas páginas. La verdad es que nunca entendí ni cómo se les pasó por la cabeza pero, por suerte para todos, aquel sinsentido no triunfó.

Pero hoy mi asombro es ya excesivo. Me entero de que pueden dejar a aquel patio, de aquellos árboles, "sin niños". Me hiere imaginarlo.

Quien puede alumbrar ideas de este tipo nunca leyó "El gigante egoísta" (Óscar Wilde). Este cuento nos habla de cómo en el jardín del gigante siempre era invierno cuando éste, por egoísmo, no dejaba entrar a los niños y cómo con estos llegó la primavera, crecieron las flores, se posaron los pájaros... hubo vida.

Cualquier corazón sensible lo entiende ¿verdad?

Disculpen mi insistencia en dirigirme al suyo, al de quien quisiera entenderme.

Al de usted, vecino/a, adulto sin hijos, ni nietos, ni sobrinos... que necesita de sus sonrisas, de su vitalidad, de su existencia en la calle, en la puerta vecina, en su pueblo.

Al de ustedes, padres, que seguro los quieren a su

lado, que dicen querer lo mejor para ellos... sólo, háganlo.

(Aquel poema de los árboles terminaba así: sufran una sentencia errada ellos y sus descendientes).

Al de ustedes responsables políticos, no duden en serlo: "responsables" y "políticos", o lo que es lo mismo, hagan lo que deban y que esto sea en beneficio de su comunidad.

Al de usted hombre gris, en su despacho idem, piense que instalarse en lo gris es su delito ya que la caja de colores, hoy, está en su mano. No condene, desde la rigidez, a los más inocentes. Es un acto cobarde y prepotente.

Al de usted si es quien dirige la escuela o quien allí da clases. Aun con el riesgo de ser mal interpretado, manifieste una actitud solidaria y generosa con la comunidad que, a buen seguro, quiere y a la que diariamente se entrega. Esto le honra y le aproxima. Le da pie a una lección práctica sobre valores, hoy tan cacareados sobre el papel.

Al tuyo niño/a que sólo puedo imaginarlo confuso. La idea de novedad siempre tiene su chispa pero, si sopesando razones son tan evidentes las desventajas, comprendo que te cueste entender a los mayores.

Tus argumentos, supongo, se conducen por hilos más directos: Hay una escuela con buenas instala-

ciones, con mejoras continuas y recientes. Voy caminando a la escuela, que está cerca de mi casa. Al mediodía, si quiero, me puedo quedar al comedor. Si quiero puedo ir a casa. No tardo nada en llegar. Si hay algo urgente o algún imprevisto estoy cerca de mis padres, entre los míos, en mi pueblo. Nuestros padres no necesitan coger el coche cuando alguno de nosotros no se encuentra bien, ni cuando quiere hablar con el maestro, ni... ¿Que somos menos niños/as? Pues mejor, clases mejor atendidas, más tranquilas... teniendo los maestros necesarios para seguir nuestra educación, aquí en nuestro pueblo, es suficiente, no pedimos más.

Verás pequeño, te entiendo.

Hace algunos años yo estaba en una escuelita de un pueblo pequeñito que ni en los mapas salía (en el censo constaban 40 habitantes) y vino la Sra. Inspectora, quien me anunció el hachazo: "Para el curso próximo vamos a cerrar la escuela. Los niños irán en transporte escolar a otro pueblo vecino". Cayó la noche. Pero no por mí, que seguro iría a un pueblo más grande, sino por aquel pequeño y encantador pueblo que entonces habitaba.

Madres, padres, abuelas, ...alcalde pedáneo.. me manifestaron de inmediato su disgusto y su disposición

a actuar ante aquel atropello que supondría, a no tardar, la aniquilación de su aldea.

Todos comenzaron a pensar en futuro. Sabían que la movilidad de sus hijos arrastraba la suya (vivienda, trabajo...). Habían visto ya ejemplos de ese tipo en pueblos vecinos, hoy sólo pueblos abandonados.

Eran pocos pero eran valientes y tenían esa sabiduría popular del sentido común. Su alcalde también hacía juego. De inmediato se fue a la capital e hizo las visitas pertinentes. La maestra solicitó verse con aquella Inspectora que de cerca resultó más humana de lo previsto, y que también había nacido en un pueblo pequeño y comprendía el alcance desertizador de una decisión errónea y tuvo ésta el valor de cortar con aquel despropósito. Ella cogió las tijeras pero, no dudes en que, todos empujamos para que cortaran.

Porque viví todo aquello sé que estas cosas pueden lograrse cuando de verdad, los hombres creen en ello.

A ti, pequeño, sólo desearte tanta suerte como la de aquellos niños de aquella escuelita.

A vosotros mayores animaros para luchar contra la dificultad, no contra el otro. El ciego no merece palos, sino luz.